

La catedral y el niño

... discreto lector, no te des a entender que lo que en el presente libro se contiene sea todo verdad; que lo más es fingido y compuesto de nuestro pobre saber y bajo entendimiento...

JUAN DE TIMONEDA

... y esta no es una historia, sino una cierta mezcla de cosas que pudieron ser...

LOPE DE VEGA

PRIMERA PARTE
La catedral

La catedral, como casi todas, estaba en medio de la ciudad, y era, también como las demás, un inmenso navío entre pequeñas embarcaciones movilizadas, un gran señor entre vasallos oscuros, un príncipe de la Iglesia entre la turba polvorienta de los fieles arrodillados...

Su cuerpo subía propagándose en el aire, sin una duda, tan seguro en su vertical soberbia, con los contrafuertes tan adheridos a su tronco de granito, como si en vez de apoyarse en ellos fuesen excrecencias rezumadas de su inmenso poder.

No era una catedral cuajada en el gesto primario de una expresión unánime, naciendo y muriendo en el suelo del mundo, después de haberse consentido apenas una aérea evasión de bóvedas y arcos de medio punto, destinados a probar la energía ascensional de la idea divina para humillarse de nuevo sobre la osamenta del planeta.

Ni era divagatoria y silogística, afirmando la fe por lo absurdo con una dialéctica de ojivas, empeñada en alcanzar a Dios mediante el rítmico escalonamiento de unas razones de piedra.

No era, tampoco, al menos de un modo unilateral, retórica y conceptista, perdida de sí misma y de su sino, en las metáforas de los arcos quebrados, de las columnas centrífugas o de las

pirámides sosteniendo esferas: símbolos de una demostración espiritual que niega leyes a la materia, con los vértices delirantes de las balaustradas, ménsulas, cartelas, florones, bestiarios... cayendo en cataratas o volando en pesadillas por muros, torretas, cornisas y fachadas.

Esta catedral, en la mayor suma de sus accidentes, era unos pardos muros sin edad, apenas sensibilizados por algún rose-tón abierto en ellos como un incurable lanzazo milagroso en el costado de un paladín. Sobre el crucero flotaba un cimborrio casi musical de afiladas cresterías góticas, que guardaba tan poca consecuencia con la intención y con las manos que habían erigido la mayor parte del resto de la fábrica que, sin duda alguna, había caído del cielo para suavizar tanta rudeza. En el paramento que daba a los trasaltares de la girola, las altas ventanas traían, a través de la recia espesura de sus arcos declinantes, hasta las luces callejeras, un vaho de sombra azul que desbordaba allí, entre el tierno verdor de los líquenes, o lanzaban hacia adentro —según las horas celestes— una oblicua claridad multicolor que caía sobre los alegres altares barrocos o sobre las graves tumbas de los obispos: ventanas que, de pronto, se tornaban increíbles, con sus repentinas guirnaldas de agitados vencejos, sus incendios crepusculares, ya la ciudad en sombra, y sus hierbajos manchados del orín de las rejillas de alambre, protectoras del vitral, que al ser inflamados por el sol revelaban una primorosa floración cobriza.

Y en lo alto de todo, los desvanes inmensos, descansando sobre la nervadura de las bóvedas, volando a sesenta varas del suelo, y los pasadizos negros y secretos con la presencia abrupta de los lechuzones que ponían sobre el rostro del furtivo visitante el aleteo invisible de una muerte soplada.

Del tejado de las naves veíase arrancar la torre grande, esbelta, a pesar de su fortaleza imponente, con la diadema de las campanas: palomar sonoro desde donde se flechaba hacia el confín, junto con la llamada de Dios, el vuelo de las leyendas.

Pero, a pesar de todo, el templo ablandaba en el rodapié de su sombra formidable algunas ternuras que los chicos de todas las generaciones habían descubierto y utilizado para su goce, trocándolo en su mano juguete de piedra: el atrio de la Fuente Nueva con los sometidos lóbulos de sus balaustres por los que se podía gatear hasta alcanzar su ancha baranda, la reja también escalable, y el riesgo de alguna pequeña rampa por la que poder deslizarse: aquellos matarrincones con que los señores canónigos fabriqueros, haciendo salientes de las entrantes, prevenían las urgencias irreverentes de los borrachos, que salían de la taberna del Hervella para desaguar allí sus vinos, en las partes sombrizas, sin hacer el menor caso de la advertencia que gritaba desde la pared, con letras de chafarrinón y bronco eufemismo ibérico: «Prohibido hacer aguas».

Por la otra fachada, como cosquilleando los muros intratables del lado norte, que era el más antiguo de la estructura trabajada durante más de cinco siglos, abría un atrio barroco, en voladizo sobre dos rúas, con todos sus paramentos escalables, bastando apenas apoyar el pie en las hernias de la cantería, que no dejaban sosegar ni un palmo de la piedra. Y sobre todo había allí el incomparable secreto de la reja, que conocíamos unos cuantos iniciados del barrio. Se trataba de una barra floja que podía hacérsela girar, moviéndola sobre sus apoyos, hasta que coincidía con la curva de la próxima, también deformada, dejando espacio suficiente para que pudiéramos colarnos hasta la estupenda solana del atrio y gozarla como amos absolutos, ¡y de noche!, los chicos para contar aventuras llenas de miedos imaginarios, los grandes para fumar y todos para jugar un *marro* espectral, casi en las sombras, o para estorbar el paseo de las gentes que iban por la calle de la Paz o la de las Tiendas, con graznidos, falsetes, risotadas o alusiones a los motes de los transeúntes: «¡Cotrolía!» «¡Doña Vendolla!» «¡Don Silbante!» «¡Nicolásín!»...

Las casas del pueblo llegaban en arremolinamiento borrasco a chocar contra aquel acantilado, eran un agolpamiento

de tejados que venían desde los verdes del paisaje a escachar su penacho de ola contra el quieto arrecife. Las campanas, de voz atolondrada, de voz triste, de voz letal, regían la vida del burgo y eran su alto calendario de normas y sucesos. En el buen tiempo se desplazaban en aturridos giros transparentes, como círculos de aves fundiéndose en la luz solar. En el lluvioso, sonaban opacas, distantes y próximas a la vez, con un glogueo sumergido en la blanda modorra de los orballos.

En medio de las cambiantes arquitecturas y huidizas voces de la vida civil, era la catedral la soberbia terca y permanente de una conciencia inmortal y sus campanas las voces admonitorias que arrojaban, hora tras hora, sus paladas de muerte sobre el gárrulo bracear de los humanos que se agitaban allá abajo, aparentemente desentendidos, por sus sendas de hormiguero.

El burgo esperaba las órdenes del templo para amanecer, para trabajar, para comer, para amar, para dormir. Antes de que el día fuese una rosada sospecha en los más apartados horizontes, ya la campana mayor, con el toque de misa de alba, abarcaba en la cúpula de sonido negro todo el presumible contorno, como acotando los límites del día; y a fin de que la aurora, que llegaba desperezando sus vapores por los altos del Montealegre, pudiese hacer pie, filtrándose por los toldos boscosos del valle, la «prima», campana de voz impúber, agitada en presurosa síncope, limpiaba con su claro pañuelo las legañas de las ventanas y ordenaba el primer desfile de las golondrinas.

En medio de los inestables rostros de la vida civil, la basílica era el punto referencial de una quietud que no se dejaba subyugar por la mutación de lo natural, que en aquel sitio del mundo todo lo contamina y modifica con el *tempo* de sus cambios: incluso las almas y las cosas de la quietud. No obstante, como sobre un gigante dormido, los dedos del aire traicionaban esta pasividad e iban poniendo suavemente en los costados de la mole el gualdrapeado de los líquenes que, con su coloración, la hacían participar del cambio de las tómporas. La sobria ema-

nación vegetal laminábase contra los planos y curvas del granito, llenando sus poros de sutil materia cromática. Y así la catedral era plomiza en los inviernos, hasta participar en la presencia vaporosa de las nubes bajas; en la primavera los musgos la acuchillaban de ángulos verdes, como terciopelos ajironados; en el verano la decoraban unos grises de acero brillante, atemperados por lampos de un rosado carnal, y en el otoño era como una acumulación de bloques de oro, asaetados por los combates flamígeros de unos crepúsculos de tan belicosa, arcangélica acometividad, como no he vuelto nunca a gozar ni a sufrir..

La sombra de la catedral era para mí como una presencia no admitida de la imbatibilidad del destino. Su vecindad me acercaba a una plástica intuición de lo eterno, tan potente y veraz, que la vida del pueblo, la de las gentes extrañas, la de las gentes mías, se me aparecía como sin sentido final, vacua en sus requerimientos de prioridad y de perpetuidad y, por veces, grotesca en la obstinación orgullosa de tan deleznable materia y de tan inconsistente afirmación frente a aquella perpetua y segura presencia.

Desde el comienzo de esta intuición, nada lúcida en aquellos años, se entabló entre el templo y mi ser más insospechado y seguro una brutal dialéctica sin palabras, hecha de rudas y borrosas mociones instintivas; una callada lucha en la que aspirábamos, sin saberlo, a un dominio recíproco, o a una no confesada anulación mutua. Sabía yo, también sin saberlo, desde los hondones de una razón no formulada, que si me dejaba abatir por aquella potencia sin escrúpulos no tardaría en ser transfundido en ella, absorbido por tan fuerte presencia espiritual, sin más posible evasión del alma ni aun de los sentidos que los que ella me consintiese.

Este bilateral merodeo daba de sí muchos testimonios.

Si yo pretendía pasar de largo frente a sus pórticos cuajados de profetas desvaídos y acusadores, o si cruzaba sus naves con

pie ligero, temeroso de resonancias, bajo la inmóvil amenaza de los santos ecuestres, frente a la dulce insinuación de los santos peregrinos o ante la pétrea mirada de las vírgenes de esguince danzarín y preñado talle, luego sentía en mi nuca, a lo largo de la espalda, fuera y dentro de mis carnes, no sé qué extraños palpos de fría precisión que inmovilizaban con su contacto mis vitales resortes, espaciándome la marcha y acelerándome el resuello. Y si alguna vez cedía a los mudos halagos o amenazas y me quedaba sentado en la basa de un haz de columnas, perdido en aquellas agitadas soledades, cruzadas por el combate policromo de las vidrieras o invadidas por las blandas mareas del órgano, no tardaba en penetrarme una lenta saturación de tan exquisito cansancio, una soñera tan perversa y agónica, que mi imaginación se recreaba, flotando en la linde de lo irreal, en la patente veracidad de aquellas leyendas de santos eremitas que permanecieron cien años envueltos en el canto del ruiseñor.

Desde muchas generaciones las gentes de mi familia habían nacido, vivido y muerto en una casa de tres pisos, situada frente a lo que debió de haber sido la fachada principal del templo. Nos separaba de él la calle de las Tiendas, cuya anchura podían cubrir tres hombres cogidos de la mano. La galería de nuestro tercer piso alcanzaba apenas a la altura del arranque del gran pórtico exterior que daba primitivo acceso a la nave principal; pues el templo estaba armado sobre los desniveles de la ciudad construida al caer de una montaña, y por el lado que enfrentaba a nuestra casa se interrumpía bruscamente sobre un muro coronado de un balaustre, que tenía en su parte inferior, donde habían sido las antiguas bodegas y criptas, unos tabucos abiertos a ras de la calle, en bóvedas de medio cañón, ocupados por unos hojalateros, inquilinos del Cabildo, que llenaban la fimbria de las cercenadas bóvedas con el cabrilleo de los enseres de su trato. Realmente el templo había sido como guillotinado allí

por la fantasía municipal, que le amputara, dos siglos atrás, una magna escalinata, la cual, partiendo del pórtico, bajaba a través de lo que luego fue nuestra manzana, hasta una calle que seguía llamándose de la Gloria, aunque estaba, en aquellos hogaños, toda ella ocupada por fragantes tabernas.

Yo abrí los ojos a la tierna sollicitación de las cosas de este mundo mirándome en aquel impasible bastión que afirmaba la terquedad de su misterio frente al dócil temblor y a la amante claridad de todas las otras imágenes y que ya, desde aquellos días primarios, me dio muestras de su poder secreto, de su implacable irreductibilidad. Entre otras, figura el que de allí me viniese la primera mención cabal del miedo: del miedo puro, sin causa precisa, de ese miedo que otros encuentran en la oscuridad de las casas, en los bosques, en el mar, en los resplandecientes cuchillos o en los ojos de las gentes. Los rincones de nuestra vieja casa, aun los más intransitables recovecos de ella, desalojaban de inmediato sus terrores en cuanto nos acercábamos con un quinqué o raspábamos una cerilla. Es verdad que a nuestro fallado, bajo el ángulo del tejaván, era temible entrar de noche y asistir al chirriante susto de las ratas, tropezar con los baúles-mundo y los maniqués de mimbre, que se movían al encontronazo como si tuvieran vida, o sentir el abanicazo de un murciélago en el rostro como el propio aliento del terror. ¿Pero qué era todo ello comparado con el simple roer del viento en los ángulos de las torres en las noches de ululante noroeste, o ver al monstruo moverse, con el despacioso encabritamiento que le permitía su mole, bajo los arponazos de una intermitente luna, acometiéndole por entre nubes opacas y veloces, de bordes incandescentes...?

La ventana de mi cuarto daba, frente por frente, con la columna del parteluz del gran arco doble que, como ya queda dicho, había sido en otro tiempo el pórtico de entrada. Coronando el capitel de esta columna, un pequeño David toca allí, desde hace seis siglos, su arpa de piedra. Su yerto perfil, su lobulada

diadema, su rígida barba, y su mano triste sobre el cordaje, componían una de las más poderosas imágenes del bronco acertijo contra el que rebotaban las preguntas sin palabras de mi niñez. Cuando algunos días al año nos levantábamos al amanecer para asistir al Encuentro de Jesús, el Viernes Santo; para irnos a la aldea en verano, o para algunas misas de cabo de año, el David sedente, con los plegados rígidos de su pétreo sayo matizados de verdín, aparecía encuadrado en mi ventana, envuelto en el débil resplandor mañanero, con una delicada presencia de cristal lacustre. Por las tardes, a la hora de la siesta, cuando su escueto perfil se recortaba contra el estruendo encendido de los grandes vitrales blancos, que cerraban los arcos a ambos lados, su corona ardía como tallada en diamantes, y sus pies lanceolados caían con abandono del capitel, danzando finamente en el aire, mientras su mano de oro resbalaba por el cordaje como siguiendo el canto del órgano lejanísimo que filtraba las antífonas canónicas a través de los encajes de la piedra.

Un día entre los muchos de este diluido drama primario, vi, con repentina aclaración, que tal vez sería posible resolver dualismo tan caprichoso: en vez de sentir el templo como una incansable enemistad, como una agresiva fuerza mágica, trataría de hacerme amigo suyo para dejar de ser su esclavo. Escucharía con párvulo corazón sus bisbiseos maravillosos, y yo le contaría mis secretos que, ya liberado de su temor, no serían tantos; me acercaría a su dura inmensidad con el alma abierta en todos sus pétalos, con su tierna caricia no estrenada, confiándola al ejemplo de su energía, infiltrándola de la perennidad de su símbolo. Y así fue como comencé a devorar la lenta y amarga desazón que había de rodar por mi sangre ya toda la vida, desacordando su ritmo con el de casi todas las cosas entre las que me tocó vivir.

Auria, mi ciudad natal fundada hacía dos mil años como una necesidad militar del Imperio Romano, y habitada y enriquecida luego, como punto termal, por funcionarios y señores coloniales, pasaba hogaño por ser un pueblo enteramente sometido a la Iglesia, por un «pueblo levítico», como decían los progresistas locales, sin saber cabalmente lo que decían, como suele ocurrirles casi siempre a los progresistas que adoptan las grandes palabras no en vista de su significado sino de una aproximación vagamente sonora al objeto que quieren declarar. Pero no era verdad. Auria, al menos en el mayor número de sus gentes, no era «levítica», ni «nea», ni «ultramontana», ni nada que cupiese cabalmente en los tonantes epítetos del liberalismo.

La catedral figuraba como la más hermosa anécdota de su pasado —junto con el puente de Trajano—, como un bello anacronismo enfáticamente ignorado más allá del orgullo que causaba en los aurienses su presencia corpórea, material; aunque, en verdad, el más calladamente admirado por el pueblo y el más incansablemente interrogado por los eruditos, en cuyo ilustre grupo se mezclaban los de condición reaccionaria y los de proveniencia liberal y atea. Pero los embates, que eran en aquellos años muy ardidados, de las «ideas avanzadas», no enfilaban casi nunca hacia aquella imbatible pasividad las saetas de sus pro-

posiciones y sarcasmos, salvo que de allí partiese la iniciativa. El contacto polémico entre Dios y los hombres tenía lugar en las trincheras de vanguardia que eran las parroquias. Por su parte los predicadores del Cabildo, salvo raras excepciones, por cierto muy mal vistas, jamás descendían hasta el chapoteo de la actualidad política o social, y se mantenían dentro de una retórica orgullosa, más allá de lo fugitivo y secular, ocupados, con fruición antigua, en escudriñar las materias teológicas, en esclarecer para el vulgo de la creencia el sentido místico de ciertas festividades de indiscriminable nombre, como la Asunción, la Pentecostés o la Candelaria, en elevadísimos sermones que la grey jamás entendía; lo que prolongaba, junto con aquellas egregias invenciones de la Iglesia triunfante, el prestigio de sus exégetas y comentadores.

Los ballesteros de la creencia, la arriesgada cetrería de la Iglesia militante y purgante, estaba en las parroquias, en aquellas barbancas situadas en la periferia del núcleo central de la fe, para contender con armas parecidas a las de sus merodeadores. Por ello los creyentes más significativos de Auria las frecuentaban, las enriquecían, las alhajaban en infatigable emulación, con lo cual las iglesias parroquiales se complicaban de cuerpo y alma en las tornadizas veleidades del burgo y apenas conservaban de su dignidad fundamental las arquitecturas básicas en las fachadas bellísimas, auténticas, imperturbables, frente al ignaro celo beato que iba aplebeyando sus interiores con los emplastos y cromos adquiridos en los bazares litúrgicos, que ya comenzaba a propagar los destrozos irreparables de su ojivalismo industrial de cartón-piedra.

Las parroquias eran la beatería del mismo modo que la catedral era la religiosidad. La gente rica acudía a ellas, en feria de vanidades, como si fueran doradas taquillas donde comprar una localidad para el cielo; y el pueblo las frecuentaba por comodidad, por sentido local de barrio, para asistir al lucimiento de la misa de tropa — que luego de un conflicto, que duró varios años,

se dispuso su celebración alternada en todas ellas— o para oír los sermones de algún orador forastero que llegaba a predicar un novenario precedido de buena fama de listo y liberal.

Mas cuando algún hombre o alguna mujer llevaban en el alma, como una escaldadura, uno de esos problemas de conciencia o de conducta que rebasan con su tumulto la organización de las ideas y sentimientos, entonces era a la catedral a donde iban a buscar, en su tibia penumbra materna, la paz, el sosiego, la re-dención por las calladas lágrimas, y no en el esplendor solemne de las grandes naves, sino en los rincones penumbrosos de las capillas: en el Santo Cristo, en Nuestra Señora de los Ángeles, en el Jesús de los Desamparados...

Pero Auria no era un pueblo religioso, al menos en el sentido en que el inocente jacobinismo indígena lo denominaba cubil del fanatismo, y a la catedral, en el verso de un poeta excomulgado, monstruo hidrópico, obedeciendo también a razones de inextricable sentido. No, las cosas eran allí mucho más modestas y vulgares.

Sin embargo, las gentes rezadoras y principales tenían gran poder y mostrábanse duras de entraña, secas de meollo y de famosa intolerancia. Y como, por poseer el dinero, eran las que regían la política y la influencia, Auria daba de sí unos diputados a Cortes que, además de ser una verdadera miseria mental y moral, alteraban, ante los extraños, la imagen de la ciudad. Pero Auria no era nada de eso; nada cubil, empezando ya por su ser en naturaleza y paisaje. Tendíase en la caída de un alto castro barbado de pinos, a lo largo de un río lento, ancho, patriarcal, que corría por entre viñedos buscando los valles del Ribeiro con su alegría frutal y su pachorra dionisiaca. Una literata la había llamado, con trabajada frase decimonónica, «bacante tendida entre viñas»; y las alabanzas antiguas, las de los itinerarios clásicos, las de los poetas medievales y de los escritores más hacia nuestros días, se referían a ella con elogios para su condición de abundancia y gozo en la producción y en el uso de las cosas

que halagan el sentido. Las leyendas de glotones y el recuento de célebres comerotas contaba por mucho en las tradiciones de la ciudad. Y en otro orden de cosas, todos los años recibía la Inclusa buena copia de críos nacidos de tapujos de la lujuria o de secretos amores; y, por su parte, los productos legítimos de los matrimonios eran célebres por su abundancia; todo lo cual prueba que las actividades de los aurienses distaban mucho de ir, tanto en lo normal como en lo clandestino de las costumbres, por las duras vías del ascetismo y del renunciamiento.

No; a pesar de la aparente fisonomía que le prestaba la «sociedad» beatona, Auria no era un pueblo religioso. Dentro de la monotonía de su vida, la religión era un aspecto, un matiz, que, según los espíritus, venía a desembocar en una rutina, en una diversión o en una escapatoria, y muy excepcionalmente en una pura ascensión hacia Dios por la escala de la superación y desprecio del mundo. Quiero decir, en suma, que si bien la catedral regía, con la lengua de sus campanas, la norma de la ciudad, no condicionaba sus modos profundos de vida, quedándose sus admoniciones más bien flotando sobre la superficie de lo habitual, de lo consentido o de lo rutinario.

La casta de los canónigos era respetada, sin saberse a punto fijo el porqué, tal vez por su altivo alejamiento de los asuntos seculares, salvo muy pocas excepciones; y en cuanto al obispo, remoto, inaccesible, en el gran cubo berroqueño de su palacio, antigua mole ceñuda, sin estilo, casi sin ventanas al exterior, se le consideraba como un adorno local, con sus mitras ceremoniales, sus largas colas de brillantes sedas los días de solemnidad basilical, su pectoral de oro y su anillo de amatista que los niños besábamos, por antigua costumbre, cuando bajaba del charolado landó, tirado por mulas relucientes, negrísimas, para entrar en la catedral o en las parroquias con motivo de las funciones patronales. A veces se le encontraba paseando al sol por la carretera de Los Gozos o de Ervedelo, acompañado del presbítero familiar; pero allí, fuera del casco pétreo del burgo, transfundi-

do en un blando paisaje de álamos y praderías, Su Ilustrísima perdía mucha de su significación y casi toda su imponencia, al trocarse en una especie de cura carnalero, baldeando el manteo escarlata y con los ringorrangos de las verdes perillas colgándole por la parte posterior de su teja de felpa.